

HASTINGS, MAX (2021): *Operación Castigo*. Barcelona: Crítica. 392 pp. ISBN: 9788491993384.

El periodista y escritor Max Hastings, cuyos gruesos y profusos libros sobre la Segunda Guerra Mundial (aunque no siempre de esta misma temática) son de obligada referencia (como *Armagedón*, *La guerra de Churchill* o *Se desataron todos los infiernos*), recoge en esta nueva publicación uno de esos capítulos singulares de la contienda: el bombardeo de las presas del Ruhr por la RAF. Cuando en el amanecer del 17 de mayo de 1943, los restos del escuadrón 617, al mando de Guy Gibson, regresaban de su *raid* sobre el Tercer Reich, vieron cómo meses y meses de tensión y esfuerzo se vieron recompensados. Habían logrado destruir las grandes presas germanas de Möhne y Eder (dañando la de Sorpe, pero sin resultado), aunque el precio pagado fue muy alto. De los 19 *Lancaster* que se emplearon, ocho jamás regresaron, perdiendo la vida 56 tripulantes.

Del mismo modo, tampoco los efectos fueron humanamente inocuos, ya que perecieron unas mil ochocientas personas, ahogadas como consecuencia de las grandes trombas de agua provocadas por la ruptura de las presas. Entre aquellas víctimas, había más de setecientos trabajadores extranjeros.

Hastings hace todo un esfuerzo intelectual y literario para desentrañar y revelar las claves de un proyecto que empezaría a fraguarse antes, incluso, de que se iniciase la contienda. El mando aéreo británico vio claro, para 1938, que uno de los posibles puntos más vulnerables de la industria de guerra

germana era la cuenca del Ruhr, concretamente, sus enormes presas que le permitían generar miles de kilovatios de electricidad para su funcionamiento. Pero no era un objetivo sencillo y los problemas técnicos eran gigantescos. El arma aérea no era demasiado precisa todavía para acometer algo así. Ningún bombardeo convencional tenía la capacidad técnica ni táctica de poder acometer esa misión. Fue el ingeniero Barnes Wallis, que se hallaba enfrascado en el diseño de un bombardero fallido, el *Windsor*, quien ideó una nueva clase de proyección, una bomba rebotadora o *Upkeep*, que si era colocada en un punto exacto de los muros de hormigón podría causar un enorme impacto y destruirlas. También, en paralelo, diseñó otra bomba secreta para la Royal Navy, con el fin de poder atacar a barcos de superficie germanos (aunque nunca fue desarrollada del todo).

Durante 1940 y 1941, Gran Bretaña se mantuvo a la defensiva. Tuvo que emplear todos sus recursos en intentar impedir que el Tercer Reich amenazara su integridad. Pero, finalmente, cuando en 1943 empezó la campaña masiva de bombardeos sobre Europa, el Ministerio del Aire consideró que aquel proyecto podía ser factible, no solo eso, sino cambiar el curso de la Historia y acortar el conflicto. El jefe del Mando de Bombarderos, el férreo y rígido sir Arthur Harris, jamás estuvo convencido del proyecto, pero acabó por fraguarse a instancias suyas. La tarea a acometer era hercúlea porque no solo había que diseñar y preparar las bombas, sino seleccionar y preparar, debido a las características tan específicas de la misión, a las tripulaciones de vuelo que se

iban a enfrentar a uno de los desafíos cruciales de sus vidas (y, al principio, el secretismo fue tal que desconocían para qué estaban siendo entrenadas). Hastings no solo se detiene a contar los hechos sino que, como en sus anteriores trabajos, explora la personalidad de la mayor parte de los integrantes de aquella misión, sus flaquezas y virtudes como hombres y como aviadores.

Bombardear Alemania en aquel año, en el que todavía la *Luftwaffe* era temible, era sumamente peligroso. Muchas tripulaciones no regresaban y debían soportar una tensión tremenda, sabiendo las características de una misión que consistía en adentrarse en el corazón del territorio enemigo. Con todo, el Ministerio del Aire tuvo que invertir muchos recursos, modificar casi una veintena de *Lancaster* para transportar aquellas nuevas armas que debían ser lanzadas a muy baja altura, rebotar en el agua y alcanzar la base de las presas, donde se hundían para que la deflagración fuera lo más devastadora posible. Debía ser un ataque de precisión, a vuelo a baja altura (aumentando los riesgos de colisión o verse afectados por las defensas antiaéreas), para un tipo de aparato diseñado para las altas, adentrarse en tierra hostil antes de que los cazas enemigos aparecieran, soltar su letal carga y, por descontado, regresar.

El proceso hasta poder dar luz verde a la incursión fue lento, se tuvieron que hacer cientos de pruebas. Wallis tenía la idea, pero perfeccionarla fue complicado. La efectividad de la *Upkeep* venía de la mano de que su lanzamiento fuera perfecto (a cierta

altura y velocidad). Así, el autor, de forma atenta y pormenorizada, adentra al lector no solo en ese proceso, sino en sus muchas dificultades, acierta a adentrarse en la mente de los pilotos y tripulaciones (las dificultades humanas y psicológicas) y en los debates en el seno del alto mando británico sobre su impacto y consecuencias. Pues, una vez llevado a cabo el ataque, los alemanes podrían colocar contramedidas. Y, en mayo de 1943, no pensaban que aquello pudiera ser posible; por ello la presa Möhne tenía apenas una ligera defensa antiaérea. Hastings reconoce tanto la épica como el esfuerzo de aquellos hombres, pero no deja de poner sobre las mismas páginas agudas reflexiones críticas sobre la estrategia seguida por los aliados en su campaña de bombardeos aéreos sobre el Tercer Reich, que causó miles y miles de víctimas civiles, pero cuyo efecto sobre la industria militar de Speer no fue totalmente decisivo. Al final, como tantos temían, la única forma de derrotar a Alemania fue tomando Berlín, no solo destruyéndola desde el aire.

Y como señala, al cierre, con pesareso acierto: «Desde la perspectiva del siglo XXI, deberíamos sentir gratitud por el hecho de que nuestra sociedad no se enfrente a los gravísimos peligros que representó la maldad histórica de la Alemania de Hitler, que llevó a quienes luchaban contra ella a optar por medidas que eran implacables y, al mismo tiempo, una ilusión estratégica» (p. 298).

Igor Barrenechea

*Universidad Internacional de La Rioja*